

## Por favor, hablemos

Por favor, hablemos: hablemos de irracionalidades, de estupideces y de absurdidades carentes de sentido. Hablemos nosotros de las injusticias, porque ya hay suficientes homo sapiens que creen que hablan de justicia cuando solo cuentan mentiras mientras fingen no hacerlo.

Hablemos de un cuento que acabará antes de empezar porque los personajes, los protagonistas, los testigos, los narradores y los secundarios no están sabiendo seguir el guión. Préstame una madrugada de mantas y estrellas, y hablemos nosotros, ya que la luna calla.

Empecemos compartiendo unas breves palabras sobre este siglo. “*S. XXI. Ese punto equis equis I*”; ahí se supone que estamos, en una sociedad en la cual deberían reinar una creciente innovación y una supuesta calidad de vida que aparenta ser cada vez más abundante. Permíteme carcajearme de ello. Permíteme poner en duda las palabras “civilización”, “justicia”, “avance” y “desarrollo”. Vas a permitirme cuestionarlo, y lo vas a hacer porque su definición en el diccionario no cuadra con lo que los habitantes de esta sociedad hacen y demuestran.

Hablemos de la manera en que todo el mundo finge saber valorar la importancia de la sanidad, y, en especial, de quienes la hacen posible... pero no es verdad. Hablemos de que prácticamente nadie se da cuenta de la injusticia a la que estamos sometiendo a las doctoras y los doctores, las enfermeras, los cirujanos y las pediatras. Porque, piénsalo, ¿realmente es justo que el sueldo de un médico que salva vidas sea notablemente inferior al de un futbolista? (sin ánimos de despreciar el oficio) Te respondo yo misma: no lo es. No considero necesario destacar las razones por las cuales no es justo que aquellos que salvan, mejoran y cambian vidas no puedan permitirse, ni de lejos, los lujos a los que están acostumbrados aquellos que entretienen a algunos con su rendimiento en el campo.

También me gustaría decir que sí, pero no me lo creo. No me creo que alguien sea capaz de pensar que el dinero fue uno de los mejores inventos del mundo. Dime tú, querido lector, ¿realmente te parece más importante un montón de metal y papel que

la felicidad de un país? No entraré en el tema del capitalismo porque por mucho que me guste el caos no quiero generar controversias, pero... permíteme dejar caer de manera discreta y casi sin querer que el hecho de que el mundo gire entorno a los bolsillos y las carteras más pesadas me hace querer probar si realmente los humanos tenemos algo remotamente similar a lo que llamamos CI.

¿Sabes algo en lo que tampoco creo? En el estereotipo de amor romántico creado por la sociedad en la que vivimos, la cual se basa en apariencias, esperanzas y falsas creencias en mitos y leyendas con tal de mantener esta ficción de cine llamada amor. Realmente no quería sacar este tema... pero no creo que esta crítica fuera adecuada sin hablar de ello.

Comencemos hablando del amor romántico de hoy en día. Seamos honestos: lo que está pasando no está bien. No está bien que se romantizen los celos, los trastornos mentales, ni las relaciones tóxicas... pero ya no vivimos en los años veinte y yo tampoco he venido aquí a hablar de lo que es o no es amor. Tan solo decir que desde mi punto de vista somos esa generación que no se atreve a creer en ello, porque, ¿quién quiere ser lo suficientemente cliché como para vivir una historia cursi de amor rosa? Pero, a la vez, ¿quién no quiere creer de vez en cuando que lo que cuentan los libros podría ser, cuanto menos, probable?

Hablemos de la veracidad. De si realmente hay algo honesto y verdadero en la amistad que te hace a un lado cuando otra estrella brilla más, o en los contratos con letra estratégicamente pequeña para exprimir al máximo todos los beneficios que puedes aportar, incluso sin quererlo. Conversemos sobre la poca realidad que reflejamos las personas en la imagen que pretendemos dar de nosotros mismos. Hablemos de que las apariencias engañan tanto que incluso los niños quieren crecer para ser adultos, por descabellado que parezca.

Hablemos de la guerra: de fuego, de balas y de trincheras, de que el mundo es frío y de que la vida vuela. Hablamos de lo increíblemente normal que es hoy en día pensar que aun siendo de la misma especie, nos atacamos entre nosotros. Y, por favor, de que los países se pelean por espacio y por recursos como si de neandertales peleando por fuego se tratase; de que mientras a ti te traumatiza que el ruido del

despertador interrumpa tu sueño a muchas personas les preocupa que lo haga el de una bomba. Hablemos de que aunque para tí un avión pueda representar una entretenida y anhelada aventura para muchos no es más que una vía de escape.

Añadamos a esta banal conversación sobre todo lo que está mal en el mundo el hecho de que aquellos que no vivimos una constante tragedia no sabemos lo que representa. Tengamos en cuenta que mientras nosotros comparamos la valla de la escuela con la de una prisión muchos niños en África darían la vida, el alma y el cuerpo por poder pisar una. Hablemos de que mientras yo me preocupo de hacer este texto a última hora y tú te agobias por tener que ir a comprar, hay niños en Ucrania a quienes, a pesar de no haber vivido ni una década, les quita el sueño la posibilidad de no despertar de él.

Hablemos de cosas que son tristemente normales: de secuestros, de violaciones, de robos, de discriminación, de racismo y de asesinatos, de palabras que no deberían existir, de conceptos que no están bien formulados y de definiciones erróneas. Añadamos el hambre, de merecer y de la suerte o de cómo es ser mujer incluso en este siglo.

Aprovechando, vamos a tomarnos un momento de reflexión en medio de este caos para apreciar lo complicado que se vuelve entender los conceptos de “amor propio” o “autoestima” cuando no te lo ponen fácil. Y es que no lo es. No es sencillo aceptarte a ti misma tal y como eres mientras te llegan señales confusas de tu alrededor, las cuales te sugieren contradicciones lo suficientemente abrumantes como para perder el poco juicio que te queda. Y es que lo que escribiré ahora no solo te nublará la mente sino que te parecerá carente de todo tipo de lógica o razón.

Hablemos de la sociedad juzgamental actual según la cual debes ser delgada pero no demasiado, ya que si no te obsesionas con ello, y no estaría bien que te obsesionaras con nada porque aunque tienes que ser emocional por ser mujer, no lo debes ser demasiado, ya que no quieres ser tachada de indigna. Debes ser diferente, exótica, atractiva e intrigante, pero... ni se te ocurra pensar en destacar demasiado porque eso no estaría bien visto: no puedes ser demasiado diferente porque entonces eres estafalaria, estrambótica o quieres la exterminación de todos los conejitos

blancos del mundo. Debes querer atención y hacerte respetar, pero no debes molestar ni ser mandona. Debes maquillarte pero no debes arreglarte demasiado porque no debes esforzarte, debes ser natural y aun así verte como si te hubieran esculpido... Y... podría seguir, pero necesitaría conservar algo de juicio después de escribir esto.

Finalmente, juzguemos que incluso si el mundo arde nos preocupan más el humo y las cenizas que el fuego. Paseemos un día y hablemos sobre cómo podríamos arreglar esta irracionalidad generalizada. Pero pensemos, actuemos y hagamos algún cambio, porque sino todo acabará antes de que la situación lo haga. Hablemos también de lo posible qué es eso.

Podríamos continuar esta conversación en la que, la verdad, querido mandatario, líder, político, empresario...no me parece que estés participando demasiado, si es que me estás escuchando y no solo oyendo...pero mi cordura está empezando a salir por la puerta, empujada por mi indignación y mi impotencia, y debo ir a buscarla antes de que un unicornio lo haga. Me despido con una última cuestión: teniendo en cuenta que la vida es una constante ruleta rusa, ¿deberíamos tener miedo de apretar el gatillo o alegrarnos por no oír el disparo?